

—El caballo que montáis os pertenece, señor estudiante; en cuanto á mí, me apearé en el albergue de Prusia; si algo queréis decirme, allí me encontraréis.

—Entonces, ¡Dios os guarde, señor conde!—dijo el joven.

Y, poniendo su caballo al galope, descubrió bien pronto el arsenal, luego el paseo de Graben, después los antiguos glacis de la ciudad, bombardeados cuando la resistencia del archiduque Maximiliano, y, por fin, el palacio imperial.

Al llegar á este punto de su carrera, el joven torció á la izquierda, se detuvo ante una puerta del suburbio de Mariahilf, dió tres golpes á intervalos iguales con el llamador de cobre que brillaba en la puerta, y fué introducido con su caballo en un patio.

La puerta se cerró detrás de él.

Pero, en el momento en que, á su vez, el conde de Bubna alcanzaba las fortificaciones de la ciudad y se encaminaba hacia el albergue de Prusia seguido por sus dos ayudantes y su doméstico, la puertecita del suburbio de Mariahilf se abría otra vez, el joven que vimos entrar á caballo salía á pie, y, siguiendo arrimado á las casas —en las que echaba, á su paso, curiosas miradas—, entró al poco rato en un almacén de ferretería.

Allí, después de haberse hecho enseñar cuchillos de varias formas, escogió un cuchillo de hoja larga y mango negro, comprándolo por un zwanziger.

Al salir del almacén, regresó á la casita del arrabal de Mariahilf, y mientras un criado limpiaba el caballo del conde de Bubna, el joven afilaba con cuidado el cuchillo en una piedra de amolar, y para asegurarse, sin duda, de que la punta era suficientemente aguda y el filo cortante, hizo punta á un lápiz, y, arrancando una hoja de su libro de memorias, escribió:

«A S. E. el general conde de Bubna, en el albergue de Prusia.

»Su reconocido y afectísimo servidor,

»*Federico Staps.*»

Diez minutos después, el caballo estaba en las cuadras del albergue de Prusia, y el billete en manos del conde de Bubna.

## IX

*El palacio de Schœnbrünn*

A tres kilómetros de Viena, más allá del arrabal de Mariahilf, y algo hacia la izquierda, se levanta el palacio imperial de Schœnbrünn, empezado por José I y terminado por María Teresa.

Es el cuartel general ordinario de Napoleón cada vez que torna á Viena: allí se alojó en 1805, después de la batalla de Austerlitz; allí se aloja en 1809, después de la batalla de Wagram; y allí también se alojó su hijo en 1815, después de la batalla de Waterloo.

Con la sola diferencia de los muros de ladrillo y los techos agudos, Schœnbrünn está construído, poco más ó menos, según los planos de Fontainebleau; es un gran cuerpo de edificio con dos alas formando ángulo, una doble escalera terminada por una meseta, que corona el peristilo, y desde la cual se accede al primer piso. Paralelamente al cuerpo principal, algunas construcciones bajas, que sirven de cuadras y otros servicios, se enlazan con las extremidades de las alas, y dejando únicamente en el eje del peristilo una abertura de unos diez metros flanqueada por dos obeliscos, acaban de dibujar y circuir el patio.

Se llega á aquel ingreso merced á un puente, bajo el que discurre uno de esos mil riachuelos que van á verterse en el Danubio, sin haber adquirido suficiente importancia para que la geografía se tome el trabajo de designarlos.

Detrás del castillo se extiende el jardín, dispuesto en anfiteatro, y coronado por un mirador sito en la extremidad de un inmenso prado, circuído á ambos lados por un agradable bosque lleno de sombra y de frescura.

En aquel mirador, el 12 de octubre del mismo año, 1809, se paseaba con impaciencia, casi con inquietud, el vencedor de Wagram.

¿Por qué está inquieto?

Es que su genio, una vez más, ha vencido; es que su fortuna, una vez más, le ha sido fiel; pero, no obstante, ha percibido en su destino un principio de resistencia; es que, después de haber luchado contra los hombres, ha debido luchar contra las fuerzas de la Naturaleza, y comprende que, si se atreviese de nuevo á tentar á Dios, la Naturaleza,

que le ha dado el terrible aviso de la crecida del Danubio, podría no dejarse vencer al fin.

¿Por qué está impaciente?

Es que, á pesar de siete derrotas sucesivas, el Austria prisionera ¡no se rinde!

Por un instante tuvo Napoleón la esperanza de borrar la casa de Hapsburgo del número de las familias reinantes, como había borrado la casa de Braganza en Portugal, y la casa Borbón en España; pero ha visto que las garras del águila de dos cabezas estaban más fuertemente clavadas en el Imperio de lo que creía. ¡Hubiera sido, ciertamente, hermoso apoderarse de las tres coronas de Austria, Bohemia y Hungría, y dispersarlas en cabezas austriacas ó alemanas! Pero ha reconocido que este orgulloso sueño era imposible, y que no sin grandes dificultades obtendrá los cuatro ó cinco millones de almas y las seis ó siete provincias que reclama.

Las primeras entrevistas, en efecto, han tenido lugar á fines de agosto, entre los señores Metternich, de Nugent y de Champagny, y estamos á 12 de octubre sin haber podido obtener de los dos diplomáticos austriacos una respuesta definitiva.

Es que también las condiciones impuestas por el negociador francés eran duras para el Austria.

El emperador Napoleón exigía á su hermano, el emperador austriaco, un equivalente del territorio ocupado por las armas francesas, lo que ascendía á nueve millones de habitantes, y doce ó quince mil leguas cuadradas; esto es, poco más de la tercera parte de los súbditos del emperador de Austria y algo más de la cuarta parte de sus Estados.

No obstante, poco á poco, Napoleón había llegado á contentarse con cuatro ó cinco millones de almas y seis ó siete mil leguas cuadradas de territorio.

A Francisco II le pareció esto excesivo aún.

Así es que, sabiendo con qué facilidad se obtenían concesiones de aquel terrible vencedor cuando se explotaban directamente ciertas cualidades de su carácter, decidió, en lugar de dejar por más tiempo la cosa en manos de los diplomáticos, enviar á Napoleón al general conde de Bubna, su ayudante, militar, hombre de mundo y hombre de ingenio en una pieza.

A ese negociador esperaba Napoleón —no menos impaciente de regresar á Francia que el emperador de Austria de verle salir— con tanta impaciencia, que cada cinco

minutos, interrumpiendo su silencioso paseo, volvía á pegar su cabeza, modelada como un busto antiguo, contra la vidriera que daba enfrente del castillo.

El general diplomático apareció por fin, subiendo la pendiente de verdura que conducía del castillo al mirador.

Napoleón era tan poco dueño de su impaciencia, que contrariamente á las leyes de la etiqueta, que imponían que el conde de Bubna fuese introducido á su presencia de cierto modo y con ciertas formalidades, abrió la puerta él mismo. —¡Venid, venid, señor de Bubna!—le dijo al verle. —Mi hermano el emperador de Austria tiene razón de quejarse de sus negociadores: ¡todos esos diablos de diplomáticos son verdaderos mercaderes de palabras! ¡Vivan los militares para tratar de la paz! Vamos á conducir esto como una batalla, señor de Bubna.

—En este caso, señor, me doy por vencido de antemano,—respondió el conde.—Imponed condiciones; os rindo mi espada.

—Antes tenéis que discutir las esas condiciones. Oíd; voy á hablar con una franqueza que sería impudencia si no conociese mi fuerza, y si no me hallara en situación de hacer inútiles todos los disimulos diplomáticos. Veamos: ya sabéis lo que pido; ¿qué es lo que lleváis encargo de concederme?

—V. M. quiere engrandecer la Sajonia, reforzar la Baviera, apropiarse nuestros puertos en el Adriático. ¿No valdría más acrecentar la Polonia?

Napoleón detuvo á Bubna con un ademán y una sonrisa. —Esto es, ¿reñir con Rusia?—dijo.—Sí, sin duda, esto sería mejor para el Austria, aun cuando Rusia acaba de probarme que no era una aliada muy adicta, dejando que me batiera solo contra el Austria, su verdadera enemiga.

—Señor, V. M. es dueño de llevar la discusión al terreno que le convenga; pero permítame decir...

—¿Que nos alejamos del verdadero objeto de la discusión?—interrumpió el emperador.—Es posible. Señor de Bubna, nosotros podemos terminarlo todo en un día, en una hora, si queréis hablarme con tanta franqueza en nombre de vuestro soberano, como voy á hacer yo en el mío propio. Tenéis razón: ningún interés tengo en proporcionar algunos millones de habitantes más á Sajonia y á Baviera; mi interés, mi verdadero interés, es seguir la política de mis predecesores; acabar la obra empezada por En-

rique IV, Richelieu y Luis XIV; destruir, en fin, la monarquía austriaca separando las tres coronas de Austria, Bohemia y Hungría. Para separar esas tres coronas, tendríamos que batirnos aún, y, aunque es probable que acabásemos por ello, os doy mi palabra de honor de que no lo deseo.

—Pues bien, señor: ¿no sería mejor uniros al Austria por medio de una alianza íntima?

—Y ¿cómo llegar á ella?

—Señor, hay dos maneras de concebir la paz.

—Decídlas.

—La una, amplia, generosa, digna de V. M.: devolver al Austria todas las provincias que le habéis quitado, reconstituir su poderío tal como era antes de la guerra, y, entonces, confiar en su lealtad y en su reconocimiento; la otra —permittedme que os lo diga—, la otra, mezquina, peligrosa, ofensiva, cruel, poco provechosa á la potencia despojada, pero menos aprovechable aún para la potencia que la despoje...

—Dispensad, señor de Bubna,—dijo Napoleón,—si os interrumpo. El primer sistema de paz lo ensayé después de Austerlitz, cuando S. M. mi hermano fué á verme en mi campamento. Bajo palabra de que no volvería á declarar la guerra, le restituía todos sus Estados, salvo algunos pequeños recuerdos que deseaba guardar de aquella campaña. Después de conducirme así, yo podía, al menos así me parece, contar con una paz duradera; y apenas me vi comprometido contra los españoles y los ingleses ¡ví olvidadas todas las promesas, rotos todos los juramentos! Yo ya no puedo descansar en la palabra de vuestro emperador. ¿Queréis una prueba de que no hago la guerra al Austria personalmente, y de que sólo desconfío de vuestro emperador? Francisco II habla sin cesar de su aversión al trono, de su deseo de abdicar; pues bien: que abdique en favor de su hermano el gran duque de Wurtzburgo, á quien quiero y de quien soy querido, que tiene voluntad propia y no se dejará llevar por los ingleses; que abdique, y salgo de Viena, y devuelvo á su sucesor todas las provincias que le he tomado, y, lejos de exigir los ciento cincuenta millones que restan á percibir de los doscientos que he impuesto al Austria, le devuelvo los cincuenta millones recibidos, le presto otros ciento bajo su simple palabra, si los necesita, y tal vez... sí, aun más: ¡le restituyo el Tirol!

—Señor,—respondió Bubna bastante confuso,—no dudo que el emperador, mi amo, al conocer las extremas condiciones que exige V. M. para la paz, se decidirá á abdicar, prefiriendo asegurar la integridad del imperio en manos de su sucesor á poner sobre su cabeza una corona tan mutilada.

—Entendedlo bien,—prosiguió Napoleón;—no son ésas mis condiciones supremas ó extremas, como decís: es una suposición; las consideraciones debidas entre soberanos me impiden que imponga tales cosas; digo solamente que, si el emperador sintiera deseos de retirarse, sería una suerte para el Austria. Pero, en fin, como no creo en este resultado, como no quiero confiar en la generosidad de Austria, me veo obligado á volver á mis primeras proposiciones.

—¡Mitigándolas, señor, si es posible!

—Mitigándolas, sea. Renuncio al *uti possidetis*. Dadme lo que os pediré en el Adriático y en la Iliria, y por todo lo demás me hallaréis bien dispuesto. Pero, entendedlo bien, señor de Bubna, es mi *ultimátum*; así que salgáis de aquí, envío mis órdenes para la ruptura de las hostilidades. Desde Wagram, mi ejército ha aumentado cada día; mi infantería está completa, descansada, más firme que nunca; toda mi caballería se ha remontado en Alemania; tengo quinientos cañones de campo, y trescientos prontos á hacer fuego bajo las murallas de las ciudades que ocupo; Junot, Massena y Lefebvre tienen ochenta mil hombres en Sajonia y en Bohemia; Davoust, Oudinot y mi guardia forman una masa de ciento cincuenta mil hombres; con esta masa desembocaré por Presburgo, y en quince días iré á llevar hasta el confín de Hungría los últimos golpes á la monarquía austriaca.

—Señor,—interrumpió Bubna,—V. M. me ha dado el ejemplo de la franqueza. Nosotros tampoco queremos una guerra que nos lo pueda arrebatar todo; sin embargo, la preferimos á una paz casi tan desastrosa como la guerra. V. M. habla de doscientos treinta mil soldados: nosotros tenemos trescientos mil; pero á esos trescientos mil les falta un general que pueda rivalizar con V. M. Dad oídos, pues, al llamamiento que hacemos á vuestra generosidad, y dadnos vuestra última palabra.

—Tomad una pluma, señor de Bubna, y escribid,—dijo Napoleón.

El conde de Bubna se sentó, tomó una pluma y, bajo el

dictado del emperador, escribió el siguiente *ultimátum*:

«Por la parte de Italia:

»El círculo de Willach sin el de Clagenfurt; esto es, la abertura de los Alpes Nórdicos; luego Laybach y la orilla derecha del Save hasta la Bosnia.

»Por la parte de Baviera:

»Una línea comprendida entre Passau y Lintz, partiendo del Danubio en los alrededores de Efferding, que vaya á caer en Schwanstadt, abandonando por aquella parte el territorio de Gmünd, y uniéndose al país de Salzburgo por el lado de Kammer-Sée.

»Por el lado de Bohemia:

»Algunos territorios sin importancia que designaré, y que no excederán de cincuenta mil almas de población.

»Por el lado de Galitzia:

»La nueva Galitzia, del Vístula al Silica á la izquierda, y del Vístula al Bug á la derecha: el círculo de Zamose, con alguna menos tierra por la parte de Cracovia, pero añadiendo las salinas de Wielieszk »

—Ya veis,—prosiguió Napoleón,—que en lugar de un millón seiscientos mil súbditos en Italia y Austria, me contento con un millón cuatrocientos mil, y en lugar de tres millones de súbditos en Galitzia, dos millones solamente.

—¿Y V. M. abandona sus demás pretensiones?—preguntó vivamente Bubna.

—¡Oh, no!—dijo Napoleón.—Quedan dos puntos importantes que solventar.

El señor de Bubna se aprestó á escribir.

—Esperad; no escribáis,—dijo el emperador.—Esos dos puntos importantes serán objeto de una carta particular entre vuestro señor y yo; por otra parte, lo que tengo que pedir os es tan poco complicado que os bastará la memoria. Quiero —¿entendéis bien? no es *deseo* lo que digo, sino *quiero*—; quiero que el Austria reduzca su ejército á ciento cincuenta mil hombres, y que me abone cien millones á complemento de la contribución de guerra, de la que sólo he percibido cincuenta.

—¡Señor, es muy duro!—dijo Bubna.

—No hay más,—respondió el emperador.

—No obstante, hay que establecer un término á este vasallaje.

—¡Ea! Quiero hacer un buen servicio á vuestro emperador. El término de ese *vasallaje*, puesto que lo llamáis así, será el de la guerra marítima. Si Inglaterra nos con-

cede la paz, una paz cierta, duradera, yo os autorizo á que arméis los quinientos mil hombres que teniais al principiar la campaña.

—Señor,—preguntó Bubna, levantándose,—¿cuándo debo volver?

—Señor de Bubna,—dijo Napoleón tomando una súbita resolución,—es inútil que volváis, porque no me encontraríais aquí.

—¿V. M. parte?

—Sí; para la Styria.

—¿Cuándo?

—Mañana... Ya tenéis mi *ultimátum*; el señor de Champigny tiene mis plenos poderes. Si hay que batirse, volveré; pero os lo prevengo, señor de Bubna: ¡ay de los que me hagan volver!

—¿V. M. parte?—repitió Bubna estupefacto.

—¡Sin duda alguna, sí! Venid conmigo, señor de Bubna; voy á pasar en el patio del castillo mi revista de despedida.

El conde de Bubna comprendió que esta vez Napoleón había dicho su última palabra.

Se levantó, metió en el bolsillo la nota que acababa de escribir, y siguió al emperador.

Ambos descendieron las herbosas pendientes, atravesaron el castillo y aparecieron en el peristilo de la parte del patio.

Este estaba lleno de curiosos.

El emperador se aproximó al balcón que formaba la meseta de reunión de las dos escaleras. A su derecha tenía al señor de Bubna, á la izquierda al príncipe de Neuchâtel.

Rapp, su ayudante, permanecía algo más abajo, en el tercer escalón descendente de la meseta.

Los soldados desfilaron por debajo del balcón al grito de «¡Viva el emperador!» y se formaron en cuadro en el patio.

El emperador hizo signo al señor de Bubna de que le siguiera, y bajó del balcón para ir á situarse en medio del cuadrado.

Rapp siguió andando delante, como si hubiese estado prevenido de que el emperador tuviese algo que temer.

Por lo demás, desde hacía cuatro ó cinco meses sucedía así, y la mirada vigilante de Berthier buscaba por todas partes al asesino prometido en la reunión de las ruinas de Abensberg.

De pronto, en el momento en que la multitud abría paso á Napoleón, un joven, en lugar de apartarse como los demás, se adelantó.

Rapp vió brillar como un relámpago, extendió el brazo y agarró por la muñeca una mano armada con un cuchillo. —¡Staps!—exclamó el conde de Bubna.—¡Oh! ¡Señor, señor...!

—¿Qué hay?—preguntó el emperador, sonriendo.

—Ese joven quería asesinaros. ¿No lo habéis visto?

—Yo jamás veo esas cosas. O soy necesario á Francia, y en este caso estoy acorazado por mi misión, ó le soy inútil, y en este caso ¡que Dios disponga de mí!

Luego, sin preocuparse más del asesino, que Rapp entregaba á los gendarmes, penetró en el cuadrado, tan tranquilo como el día que, en Abensberg una bala agujereaba su sombrero, como el día que en Ratisbona una bala le hirió el pie.

Pero, en voz baja, dijo á Berthier:

—El señor Bubna conoce á ese joven.

—¿Cómo lo sabéis, señor?

—Al verle ha pronunciado su nombre.

—Y ¿cómo se llama ese joven?

—Staps.

## X

*El vidente*

Dos horas después de la revista y de la marcha del conde de Bubna, Napoleón se hallaba en el mismo pabellón donde le hemos visto por la mañana.

Esta vez no estaba solo; paseábase al lado de un hombre de unos cincuenta años, de mirada rápida é inteligente, completamente vestido de negro, con el que conversaba familiarmente.

Aquel hombre era Corvisart, su médico. —¡No sabéis cuánto me he asustado al recibir vuestro aviso!—decía el ilustre doctor.—Corría el rumor de un atentado contra vuestra persona, y he temido que estuvierais herido.

—Gracias por vuestra solicitud en acudir, mi querido doctor; nada ha ocurrido, como veis, y si os he enviado á buscar, no es por mí.

—¿Pues por quién?

—Por mi asesino.

—¿Acaso ha recibido alguna lesión al ser detenido, ó ha intentado suicidarse?

—En cuanto á lesiones, tengo la certidumbre de que se ha procurado, por el contrario, que no recibiera ni un rasguño, y tampoco he oído decir que haya atentado contra sí mismo.

—Entonces ¿por qué me habéis llamado?

—Porque el señor de Bubna, que por casualidad viajó ayer con ese joven, á quien hasta prestó un caballo para hacer la última etapa, me ha contado ciertas cosas que me han interesado por él.

—¿Por vuestro asesino?

—¿Por qué no? Yo aprecio la persistencia, mi querido Corvisart, y tengo motivos para creer que es una virtud de que está dotado el señor Federico Staps. Yo quisiera averiguar si esa persistencia constituye en él una virtud ó una monomanía; si es un patriota ó un loco. ¿Os encargáis de descifrarlo?

—Lo probaré, señor.

—Mézclase en el asunto una cuestión de faldas muy interesante, según he podido comprender, pero que no nos importa.

—En suma,—dijo Corvisart,—¿V. M. busca un pretexto para salvarle?

—Tal vez.

—Pues bien; veamos, señor: hacedle venir y le examinaremos.

Napoleón llamó á Rapp y le preguntó si sus órdenes se habían ejecutado. —Sí, señor,—respondió el general.

—Entonces, haced entrar al preso.

Rapp salió; un instante después, apareció el joven entre dos gendarmes, con las muñecas sujetas por esposas.

Rapp seguía detrás. —Desatad las manos de este muchacho,—dijo Napoleón.

Luego, volviéndose á Rapp:

—Dejadle solo conmigo y Corvisart.

El general vaciló; Napoleón frunció las cejas como Júpiter Olímpico.

Rapp hizo salir á los dos gendarmes, echó una postrera mirada á los tres personajes que dejaba reunidos y salió, prometiéndose permanecer con la mano en la empuñadura de su sable y el oído pegado á la puerta.